

Sangre y Estrellas en los Andes

I. (El despertar de la piedra)

José Gabriel no nació de la tierra,
sino de una grieta en el tiempo:
un sollozo del Inca enterrado
que trepó por sus venas
y le dijo:

«No hay paz para quien lleva el sol en la sangre».

Micaela tejía sueños con hilos de plata,
en cada nudo guardaba el nombre de un niño
que la mita se llevó.

Sus manos, mapas de raíces,
señalaban el camino a las minas
donde el cerro devoraba hombres
y escupía plata para reyes lejanos.

II. (La rebelión es un río)

Los hijos aprendieron a caminar
sobre espinas de maguey.
Hipólito, el mayor, tallaba cóndores en madera
y los lanzaba al viento:

«Vuelen donde mi padre no alcanza»,
murmuraba.

Mariano, el del rostro lunar,
escondía maíz en los dobleces de su poncho
para alimentar a los fugitivos.

Fernando, el pequeño,

jugaba a esconderse entre las sombras
de las iglesias, donde los santos de ojos vacíos
guardaban silencio.

III. (El amor duele como un relámpago)

La noche antes de la batalla,
Micaela desató sus trenzas
y lavó los pies de José Gabriel con agua de manantial.
«¿Sabes por qué luchamos?», preguntó él.
Ella señaló el vientre de la tierra:
«Porque bajo este suelo
yacen nuestros abuelos
y sobre él
caminarán nuestros nietos».

Los hijos, en vez de dormir,
afilaban palabras en quechua:
«Pachamama nos escucha»,
«Hanakpacha nos espera».
Vocablos que los soldados
no podrían traducir
ni con sus bayonetas.

IV. (El miedo tiene dientes de plata)

Cuando los caballos tiraron de José Gabriel,
las montañas contuvieron el aliento.
Micaela no gritó:
cantó una tonada quechua
sobre ríos que fluyen hacia atrás
y estrellas que siembran maíz.

A Hipólito y Mariano
les vendaron los ojos con cintas de seda
robadas a los santos.
«Miren», dijo el verdugo,
«así mueren los traidores».
Pero ellos ya estaban ciegos de luz,
viendo el rostro de la Pachamama
en cada gota de su sangre.

V. (La memoria es un tejido sin fin)

Fernando, con diez años y cadenas en los tobillos,
aprendió a contar el tiempo
por el crecimiento de sus uñas.
En Sevilla, entre rejas,
masticaba hojas de coca seca
y soñaba con el aullido de los zorros
en las quebradas del Cusco.

Las mujeres tejieron su dolor
en mantos de alpaca negra:
en cada cruz de hilo carmesí,
una herida de garrote;
en cada figura geométrica,
el mapa de una fuga fallida.
Los niños nacieron sabiendo
que el miedo se ahoga con cánticos
y que los muertos
siguen bebiendo chicha en las nubes.

VI. (Volveré como millones)

Hoy, cuando el viento azota el Valle Sagrado,

los turistas escuchan pasos

donde solo hay piedras.

Es José Gabriel,

caminando descalzo

sobre su propia sangre seca.

Micaela se refleja

en los ojos de las tejedoras

que venden aguayos en la plaza:

«Este rojo es de su corazón»,

dicen,

y los compradores no entienden

por qué el tejido quema las manos.

Los hijos vuelven cada noviembre

en forma de mariposas nocturnas.

Se posan en los carteles políticos,

en las pancartas de huelga,

en las tumbas sin nombre.

VII. (La patria es un puño abierto)

No murieron por banderas

ni himnos bordados en oro.

Murieron porque creyeron

que un niño indígena

merece más pan que lágrimas,

que una montaña no es mina,

es abuela.

Su amor no fue dulce:
fue raíz partiendo roca,
fuego que nace del hielo,
grito que el eco multiplica.

Y cuando el Perú olvida,
desde el fondo de la tierra
una voz repite:
«Soy tu sombra que lucha,
tu sueño que no acepta cadenas,
la herida que sangra
para que respire».